

Un libro de descubrimiento de AB

Aprendiendo a amar los pañales

KITA SPARKLES

Parte 1

"Esto es la gota que colmó el vaso", dijo mi madre, observando mi quinta cama mojada consecutiva. Hacía semanas que no tenía una noche seca. "Vas a tener que usar pañales por la noche hasta que puedas controlarte". Intenté contener las lágrimas de humillación.

—No será tan malo —dijo, ablandándose al ver mis lágrimas—. ¿Y si hacemos lo que hablamos antes? ¿Te mandamos a ese lugar donde te pueden ayudar a aprender a lidiar con problemas como este? ¿El que te contó la chica guapa de la tienda de suministros médicos?

Mi mente se remontó a ese día hace un par de semanas.

Habíamos ido a comprar pañales por si llegaba el momento de necesitarlos. Había una chica muy guapa en el mostrador, y me dio mucha vergüenza que me viera comprándolos. Aún más vergonzoso fue cuando mi madre me pidió ayuda para elegir los pañales que necesitaría.

La vendedora fue muy servicial y luego me contó de un lugar que podría ayudarme a aprender cómo manejar el problema de la incontinencia, ya sea de día o de noche, o ambos.

"El programa duraría aproximadamente un mes y es entrenamiento personal", dijo. "Estarías con una familia que te ayudaría a aprender a manejarlo". Se inclinó y añadió en mi oído: "Quizás incluso aprendas a usar pañales". Pensé que debía estar bromeando.

"Si decides hacerlo, vuelve una tarde sobre las 6:00 p. m., cuando cierro, y te llevaré yo misma", dijo con una sonrisa. "Ah, y asegúrate de llevar pañales cuando vengas", añadió. "Eso demostrará que estás realmente lista para aceptarlo".

Aprendiendo a amar los pañales

"Volví a echar un vistazo al lugar", dijo mi madre, devolviéndome al presente. "Creo que te gustará". Sin saber qué más hacer, acepté.

El resto del día transcurrió con normalidad , pero al anochecer, mi madre me dijo: «Llamé y le dije que vendrías. Tenemos que prepararte».

Levantó un pañal grande y un poco de talco para bebés. Avergonzada, la seguí lentamente a mi habitación, donde tuve que tumbarme sobre la sábana impermeable y dejar que me quitara los pantalones y la ropa interior. Abrió el talco, me echó un poco encima y lo esparció por la zona del pañal. Luego me hizo darme la vuelta y también me lo aplicó en el trasero. Me dio mucha vergüenza , aunque en el fondo sabía que se sentía bastante bien. Entonces la observé mientras desdoblaba el pañal con destreza y se agachaba debajo de mí.

"Levántate", me ordenó, y mientras lo hacía, me metió el pañal grueso debajo. Me recosté sobre el pañal y sentí mil emociones encontradas mientras me subía el pañal entre las piernas y lo ajustaba bien por delante.

Lo siguiente que pasó fue lo más vergonzoso. Nos probamos todos los pantalones de mi armario, y nada me quedaba bien encima del pañal.

"Parece que solo hay una opción", me dijo. "Puedes ir solo con el pañal o podemos vestirte como una niña pequeña con falda". Ambas posibilidades me horrorizaban por igual, pero al darme cuenta de que nadie sospecharía de una niña pequeña, de que realmente podía lograrlo y de que nadie se daría cuenta de que no era una niña de verdad ni de que llevaba pañales, acepté.

Mi madre sacó un precioso vestidito azul, una combinación e incluso unos zapatos Mary Jane a juego. La combinación se sentía

Aprendiendo a amar los pañales

tan bien al deslizármela por el cuerpo, y caía sobre mis piernas, rozando mi piel con una sensación fresca y suave. El vestido en sí era igual de bonito, pero, claro, jamás lo admitiría.

—Otra cosa —dijo mi madre señalando mis piernas de 14 años, cubiertas de pelo—. O te las afeitas o te pones mallas.

Elegí unas medias, a lo que ella respondió: "De todos modos, no tenemos tiempo para afeitarlas ahora".

Y tenía razón, porque ya se acercaba la hora de nuestra llegada. Nos dejaron entrar por la puerta trasera, pues la tienda ya estaba cerrada. La chica intentó, sin éxito, contener la risa al verme.

"Era lo único que cabía sobre los pañales", dije de mala gana.

"Encontraremos algo para repasarlos cuando lleguemos", me consoló. "Pero, hasta entonces..." Tomó algo de un estante y empezó a juguetear con mi pelo. "¡Listo!", dijo, levantando un espejo para que pudiera verme.

¡Qué diferencia podían hacer dos pasadores y una cinta para el pelo! ¡Era una imagen muy convincente de una niña guapa de 7 u 8 años!

"¡Podrías ganar un concurso de niñas!" me dijo la niña, y mi madre asintió en señal de acuerdo.

De repente, ella se recuperó. "Pero, claro, no querrías *eso*".

Sacudí la cabeza para despejarme. Claro que no. ¿Verdad? No había tiempo para pensarlo, pues ella tomó la pañalera que mi madre había preparado y nos llevó a su coche.

"Te veré en unas semanas y no te preocupes, te llamaré para asegurarme de que estás bien", me aseguró mi madre.

La vendedora, que ahora me dijo que se llamaba Kimberly, sonrió. "¡Deja de poner cara de secuestrada! Puedes irte a casa

Aprendiendo a amar los pañales

cuando quieras", dijo. "Te llevaré yo misma. Pero no querrás hacerlo".

Nos subimos a su coche y me impactó ver el enorme asiento trasero. Me vio mirándolo mientras mi madre se alejaba.

"¿Quieres montarte en eso?", preguntó con dulzura. Negué con la cabeza. "De acuerdo, no hay problema", dijo. Me abroché el cinturón y empezamos a caminar hacia la casa adonde me llevaba.

—Te seré totalmente sincera —dijo, con la vista fija en la carretera—. Vamos a mi casa. Mi madre sabe cómo lidiar con los pañales y enseña a otros a usarlos muy bien. Y, bueno... hay algunas cosas más que aprenderás cuando lleguemos.

No iba a decirlo, pero ya estaba disfrutando de la sensación de ese grueso acolchado entre mis piernas, y además, el vestido también me hacía sentir bastante bien.

Antes de llegar a casa, sentí que mi vejiga se estiraba hasta que parecía que iba a reventar. Finalmente, decidí rendirme. Tarde o temprano iba a tener que mojar el pañal. Mejor me acostumbraba a esto ahora. Aflojé los músculos y lo dejé ir. Me sorprendió lo bien que se sentía. Para empezar, estaba la cálida comodidad y el hormigueo al extenderse la humedad por el pañal. También sentí alivio al vaciar la vejiga. También me di cuenta de que el estrés por mojar la cama e incluso no poder ir al baño durante el día ya no era un problema, y, además, me invadieron las reconfortantes sensaciones infantiles, los recuerdos de la infancia hacía tiempo olvidados.

Kimberly vio mi cara y supo al instante lo que había pasado. Sonrió y dijo: "Bueno, no estuvo tan mal, ¿verdad?".

En ese momento llegamos a su puerta y me pregunté qué pasaría después.

Aprendiendo a amar los pañales

Parte 2

—Oh, ¿quién es esta dulce niñita? —preguntó la mujer de la puerta.

"En realidad, mamá, no es niña, es niño", dijo Kimberly cuando se abrió la puerta y entramos. "Acaba de empezar a usar pañales, y creo que tu programa podría ayudarlo", añadió, guiñándome un ojo.

"¿No es una niña?", dijo la madre de Kimberly. "Pero, entonces, ¿por qué lleva esa ropa y esos lazos tan bonitos? ¡Y mira qué carita tan dulce! ¡Ay, debe ser una niña preciosa!", exclamó con entusiasmo.

"No tenía ropa que le sirviera encima de los pañales; tenía que usarla. El pelo fue mi añadido", le dijo Kimberly.

La madre de Kimberly me observaba la cara. "Creo que a alguien le gusta la ropa de niña que lleva", dijo, avergonzándose sobre todo por la veracidad de su afirmación.

Kimberly también me miró entonces. "Bueno, si es cierto, aquí no falta", bromeó. En ese momento, dos chicas más jóvenes entraron en la habitación. Se detuvieron en seco y me miraron fijamente.

"Estas", me dijo Kimberly, "son dos de mis hermanas. Una es Katie, de 9 años, y otra es Kelly, que pronto cumplirá 12". Luego les contó quién era yo.

—¿Es un niño? —chilló Katie—. ¡Pero lleva vestido! Kelly también reía.

"¡Y llevas pañal!", dijo Kimberly, levantándole la falda a Katie. Katie chilló y se la bajó, pero no lo suficientemente rápido como para que no me diera cuenta de que sí llevaba un pañal demasiado grueso.

Aprendiendo a amar los pañales

“¡Kimberly!”, gritó, al borde de las lágrimas.

—Tranquilízate, Katie. Estará aquí al menos un mes, se enterará tarde o temprano —dijo Kimberly, poniendo los ojos en blanco—. Además, mira. —Me levantó el bajo de la falda para que se viera el bulto bajo las medias—. Él también las usa.

Me sentí mortificada. Katie hizo un puchero, con la cara roja, y otra chica entró en la habitación. "Y esa es mi tercera hermana, Kristen", continuó Kimberly como si nada hubiera pasado. "Tiene 16 años".

Kristen le preguntó a Kimberly cómo me había encontrado, y ella se lo contó a todos. "¡Rayos!", dijo Kristen, "¡Solo llevo propinas!". Todos rieron.

La madre de Kimberly me subió la falda y decidió revisarme el pañal. "Ay, ay, hay que cambiarme", dijo, y me tumbó en el suelo de la sala.

"Ah, sí, lo olvidé", dijo Kimberly, yendo a buscar una canasta en la esquina. La canasta contenía pañales de dos tamaños, toallitas húmedas, loción para bebés y talco. También había un chupete.

"A veces le damos a Katie su chupete cuando la cambiamos", explicó, al ver que lo miraba. Luego sonrió. "Oye, Katie, ¿te importa si le prestas tu chupete un rato?", preguntó.

Katie se encogió de hombros. "No hay problema", dijo, y Kimberly me lo metió en la boca rápidamente. No podía creerlo cuando me bajó las medias y me desabrochó el pañal ahí mismo, delante de todos.

La madre de Kimberly dijo: «Lo primero que debes aprender es a no avergonzarte de que te cambien el pañal. Debe convertirse en algo completamente normal para ti, ya que formará parte de tu rutina diaria. Así que, te ayudamos a empezar desde ya, sin ocultar

Aprendiendo a amar los pañales

tus cambios de pañal, como si fueras un bebé y pudieras cambiarte en cualquier lugar».

Mientras me contaba esto, me quitaron el pañal, me limpiaron con toallitas húmedas y luego me aplicaron loción y talco. Me pusieron un pañal nuevo debajo, lo subieron entre mis piernas y lo aseguraron con sus cintas. Luego me subieron las medias y me bajaron la falda. Todo fue muy rutinario y nada parecía fuera de lugar. Tenía razón en una cosa: me sentía como un bebé.

Llegó la hora de cenar y me senté en una trona . No me sorprendió mucho. Nadie se burlaba de mí; de hecho, todos me mimaban, ¡y empezaba a pensar que quizá aprendería a amar los pañales después de todo!

Parte 3: Conclusión

“Hora del baño para *todas* las niñas”, anunció la madre de Kimberly. Había dos baños. “A ver, las dos mayores pueden bañarse solas en el otro, y yo ayudaré a las tres pequeñas en este”. Me miró. “Supongo que eso significa que estás aquí, ya que eres menor que Kimberly y Kristen”. Sonrió, y suspiré.

No fue tan malo que me bañaran, solo que fue muy vergonzoso mientras Katie y Kelly observaban. Claro, también vi el de ellos después, ya que se bañaron juntas, pero no parecieron molestarlas en absoluto, demostrando lo que necesitaba aprender. Luego nos llevaron a todas envueltas en toallas a la habitación. Cuando llegamos, Kristen estaba tumbada en una cama, mientras Kimberly le cambiaba el pañal. Me quedé boquiabierto, pero Kristen simplemente levantó la vista y dijo: “¡Hola! ¡Estábamos terminando!”.

Kimberly vio mi cara y empezó a reírse. “Mejor le contamos esto, antes de que se desmaye del susto”, dijo.

Su madre se sentó y me miró. “Bueno, la verdad es que *todas* usamos pañales”, dijo. “Todas las mujeres de mi familia, después de llegar a la pubertad, tienen problemas de enuresis o incontinencia total. Kristen se enuresis, Kimberly es incontinente, como yo, Kellie tampoco ha empezado todavía, aunque a veces se hace pis en la cama, y Katie tampoco, pero disfruta de usar pañales, así que los usa las 24 horas como un bebé”.

“Hay algo más”, añadió Kimberly. “A todos nos encanta usarlos, excepto a Kelly. Estoy estudiando una teoría que dice que hay algo en los genes que provoca el gusto por usar pañales”. Mientras decía esto, su madre le cambiaba el pañal a Katie.

“¿Puedo tomar un biberón también?”, preguntó Katie, y Kelly corrió a buscarle uno. Al irse, Kimberly le explicó: “Es la única a la

Aprendiendo a amar los pañales

que no le gustan los pañales. Nos cuesta muchísimo conseguir que los use y no se los quite por la noche".

Kelly regresó justo cuando dije: «Quizás prefiera usar pañales de tela». Me miró como si acabara de revelarle un secreto. Su madre notó la mirada.

"¿Es cierto, Kelly?", preguntó. "¿Te gustaría más que te pongamos pañales de tela por la noche?". Kelly se sonrojó profundamente y dijo en voz baja: "No solo por la noche".

"¿Por qué no lo dijiste, cariño?", preguntó su madre, sacando varios pañales de tela gruesos y bragas de plástico.

—¡Porque es vergonzoso! —respondió Kelly con sinceridad. Lo entendí al instante, pero las demás chicas se rieron.

"¿Por qué te daría vergüenza estar aquí?", le preguntó su madre. "Todos en esta casa los usan. ¡Lo raro sería que no usaras pañales!"

Mientras le cambiaba el pañal a Kelly, Kimberly se acercó y me lo cambió a mí. Mientras lo hacía, le pregunté: "¿Cómo es que no me di cuenta de que llevabas pañales hoy?".

Ante esto, Kristen sonrió desde la otra cama. "Esa es una cosita en la que he estado trabajando", dijo. "He estado diseñando una línea de ropa para personas con incontinencia. Tiene un poco de tela elástica en el interior que cubre el pañal como una bolsa y evita que se vea voluminoso, que haga demasiado ruido o que se descolga cuando está mojado. Los vaqueros en los que estoy trabajando ahora tienen broches en la entrepierna, pero están ocultos. Me vendría bien alguna ayuda, como un modelo de mi talla, quizás un chico...", se quedó en silencio.

Sonreí al pensarlo. ¿Un mes aquí sería suficiente? Ojalá no.

Aprendiendo a amar los pañales

***Si te gustó este libro, consulta los más de 300 libros ABDL en
www.abdiscovery.com.au***